

de ellas una realidad del espíritu, superior a la del mundo sensible. Para actuar y para construir, el mundo exterior es tal vez el de la mecánica, que depende, sin embargo, de la imaginación creadora de los sabios. Pero para el alma, el mundo de las imágenes es el de los mitos».

Transcribe el crítico, al término de sus observaciones, una bella poesía de Rudyard Kipling, en que cada estrofa es una imagen novedosa y admirable, y en esta forma asienta su convicción de que la literatura atraviesa por una etapa de tránsito, al fin de la cual volverá a tomar el rumbo que ahora parece haber perdido.—S.

La juventud de José Conrad

La existencia del gran escritor inglés-polaco José Conrad, que se extinguió en 1924, es una de las más bellas y dramáticas que haya podido sostener artista alguno. G. Jean Aubry, autor de un extenso libro sobre esta vida, acaba de resumir en un interesantísimo artículo publicado últimamente en Buenos Aires la vida infantil y juvenil de Conrad en Polonia. Cedámosle la palabra:

«Casi nadie ignora hoy que, por una sucesión de circunstancias extraordinarias, Polonia dió a Inglaterra el más grande escritor nacido a comienzos del

siglo XX, y uno de los más grandes novelistas de todos los tiempos: José Conrad. Pero, hasta en Inglaterra y en Polonia, las circunstancias precisas de esta metamorfosis y las condiciones de esta genial aparición permanecen todavía bastante confusas».

M. Aubry, a fuerza de rebuscas en la Polonia, logra fijar algunos hechos importantes para el estudio de la vida del escritor. José Conrad Korzeniowski nació en Terechowa, cerca de Berditchew, en Volhynia, el 3 de Setiembre de 1857. Ese lugar está actualmente incorporado a las tierras del Soviet.

Los padres de Conrad fueron un joven patriota polaco, aficionado a las letras y a las artes, Apolo Korzeniowski, y Evelina Bobrowsca, hija de un culto hogar al cual no eran desconocidos los placeres del arte y de las letras. El amor de Apolo y de Evelina se vió entorpecido por consideraciones políticas y familiares durante varios años, y sólo vino a consagrarse por el matrimonio en 1856, muerto ya el padre de Evelina, que no aceptó la entrada a su hogar de aquel exaltado escritorzuelo, de buena familia, sin duda, pero carente de toda posición social y económica. José Conrad fué el único hijo de este hogar que sufrió diversas vicisitudes, hasta que fué destruído prematura-

mente por la muerte de Apolo y de Evelina.

Después de vivir en dos o tres ciudades provincianas, sin alcanzar nunca la posición soñada, Korzeniowski se fué a establecer en 1861 a Varsovia, centro de la agitación patriótica polaca. «Su actividad literaria (la dirección de la revista titulada *Le Monde*)—dice Aubry—no era más que un pretexto. Fué a vivir en una casa que en la misma Varsovia pude identificar por primera vez, según documentos existentes en los archivos. A fines de aquella misma primavera fueron a reunirse con él, su esposa y su hijito. Mucho después, Conrad evocó los recuerdos confusos e impresionantes de aquel departamento en que se realizaban reuniones misteriosas de conjurados poloneses que trabajaban por la liberación de su patria».

En Octubre de 1861 la policía rusa aprehendió a Apolo Korzeniowski, y aún cuando en el proceso instaurado contra él no pudieron verificarse cargos concretos, fué deportado a Vologda, al norte de la Rusia europea. En 1862 la mujer del condenado partió a hacerle compañía, acompañada de su hijo. La estancia en Vologda se prolongó durante un año, tiempo suficiente para minar la salud de los dos esposos. Una petición de éstos para ser trasladados a sitio menos insalubre fué atendida por la autoridad

del Zar. Poco después el matrimonio se encontraba en Chernenikof, lugar cercano a la frontera polaca. En Abril de 1865 falleció la señora Korzeniowski en el destierro.

«A pesar de la presencia del hijito, que tanto necesitaba de su apoyo y de su consuelo, Apolo Korzeniowski pareció, después de la muerte de su compañera, haber perdido toda esperanza y toda razón de vivir... En los últimos días de 1868 el gobierno ruso, seguro de que la salud del condenado era tan mala que ya no se le podía considerar peligroso, lo puso en libertad, entregándole para él y su hijo un pasaporte para «dirigirse a Argel, a la isla de Madeira». La falta de dinero y la fatiga física no le permitieron llegar tan lejos; no debía abandonar el territorio de la antigua Polonia. Pasó algún tiempo en Lwof, donde se dedicó a algunos trabajos de periodismo; pero la preocupación de los estudios de su hijo y la insistencia de un amigo le hicieron trasladarse a Cracovia a principios de 1869, donde murió en el mes de Abril subsiguiente. José Conrad quedó huérfano a los doce años...»

El futuro escritor, joven sensible y nervioso, aquejado a menudo de serios dolores de cabeza que imposibilitaban sus estudios, «permaneció en Cracovia desde 1869 hasta 1874». «Fué allí — escribe Aubry —

donde vivió los años en que se forman las impresiones más durables y las tendencias particulares del temperamento y del espíritu. Y, en efecto, en varios de sus libros rememora con entrañable entonación algunos sitios de la vieja ciudad polaca que durante tantos años no iba a ver.

Entonces fué cuando nació en Conrad una misteriosa afición: mediterráneo, e hijo y nieto de mediterráneos, el futuro escritor se sintió atraído por el mar. El 14 de Octubre de 1874 Conrad toma el tren que lo había de llevar a Viena y luego a Marsella y, en fin,

hacia todos los puntos que luego había de recorrer vestido de marino. Hasta que un día, cansado de aquella peregrinación, había de anclar en Inglaterra y había de remontar la corriente subterránea de sus recuerdos para fijar en las páginas de diez, de veinte novelas admirables, las impresiones de su juventud y de su madurez, bajo todos los cielos y sobre todos los mares.

¡Misterioso destino de escritor, merced al cual pudo fraguarse esta vida doliente y desarraigada, fuera de su centro, siempre añorante de lo fugitivo y de lo eterno!—S.